

LA IRRACIONALIDAD BRUTAL ANDA SUELTA

El brutal e irracional asesinato del Doctor Peccorini no sólo exige la más firme condena sino también una serena reflexión, que trate de poner algo de racionalidad en esta turbulencia de pasiones e intereses.

Yo conocí al entonces Padre Peccorini en 1955. Vine entonces a sustituirle en su cátedra de filosofía en el Seminario San José de la Montaña, mientras él ejercía su docencia en la Universidad de Deusto y sacaba en Comillas su doctorado eclesiástico en filosofía con una importante tesis sobre Gabriel Marcel. Fue para él una especie de destierro dorado impuesto por ciertas desavenencias con sus superiores jesuitas. Entonces era más progresista que ellos. En 1958 regresó de nuevo al Seminario y yo me fui a Innsbruck a estudiar teología. Más tarde el Padre Peccorini salió de la Compañía de Jesús por cuestiones personales y no ideológicas, abandonó el sacerdocio, se casó, se hizo norteamericano y enseñó durante casi 25 años en California. Finalmente regresó a El Salvador como residente rentista, donde se introdujo de lleno en la polémica política.

Desafortunadamente el padre Peccorini llegó demasiado pronto a El Salvador en los años cincuenta y regresó demasiado tarde en los años ochenta. Esa ha sido su tragedia como hombre y como intelectual, también como religioso. Llegó demasiado pronto porque en los cincuenta no pudo aprovecharse su notable talento y su excelente preparación, entonces exclusivamente escolástica. El criterio religioso de entonces no le permitió desarrollarse de forma progresiva. Perdió a su mejor consejero, el Padre Gustavo Oliva, en un fatal accidente y con él una indispensable ayuda para pasar aquellos años difíciles. Tuvo que salir de El Salvador y con ello se perdió durante muchos años su gran capacidad intelectual, tal vez un tanto europeizante, pero no por ello desprovista de grandes posibilidades para repensar a fondo la realidad del país. El Salvador perdió con su marcha, pero él también perdió. Durante muchos años su contorno iba a ser el norteamericano y ese hiato temporal le iba a descolocar a la hora de su regreso.

No había perdido su talento ni su preparación, pero había perdido el discutir histórico de El Salvador, solo entrevistado desde la lejanía por fuentes de información muy limitadas y tendenciosas. Entre lo que fue el Peccorini director de ECA y profesor de la UES -no de la UCA- y lo que era actualmente, hay una gran distancia no recorrida por estar ajeno al destino de las mayorías populares de El Salvador.

Quiso remediar este vacío pero lo hizo de una manera idealista donde los informes sustituían a los contactos, los deseos familiares a los intereses reales, los conceptos a los hechos, la lógica vacía de la razón a la lógica tenaz y grávida de la realidad. Ese fue su fallo epistemológico encubierto por un racionalismo polémico. Lo cual no resta méritos a su idealismo y a su vocación de servir honestamente a sus opciones personales.

Por eso es tan lamentable su asesinato. Querer callar a un pensador como Peccorini con balas es un crimen bárbaro, una injusticia sin nombre y una irracionalidad que se convierte en estupidez. Era un intelectual capaz aún de producir cosas importantes como discusiones sobre los próceres e incluso



..

sobre problemas abstractos (acababa de publicar un importante ensayo sobre derechos humanos). Sus discusiones sobre hechos políticos podían alimentar a la derecha en la ceremonia de la confusión pero no entorpecían para nada el proceso.

Quizá no fue esto lo que le costó la vida sino sus esfuerzos por hacer cambiar de dueño y de dirección a la UES. Pero esta misma sospecha no amengua la irracionalidad del hecho y pone en guardia sobre los peligros de dejar a comandos sueltos sólo con líneas generales de acción. Ya las autoridades de la UES han condenado acciones violentas contra sus adversarios. Pero ellos y todos debieran hacer valer su autoridad moral para prevenir e impedir que grupos ciegos, irracionales y brutales -sean del signo que sean- traten de llevar adelante su causa con medios no sólo criminales sino dañinos para el pueblo de El Salvador y para el futuro de la paz y la negociación. Quienes perpetran tales crímenes pierden toda responsabilidad y credibilidad. También los que se aprovechan de esos actos como zopilotes para sacar provecho de los cadáveres.



Marzo 16, de 1989.